

EL PATRIMONIO VIVO

Fiel a su tradición de acrecentar el tesoro con el impetuoso arte nacional, el Museo Nacional de Bellas Artes se ha mantenido imbatible en su poderosa apuesta por el arte cubano de hoy. Un repaso a las adquisiciones de solo cuatro o cinco años atrás, da cuenta de un repertorio de tendencias, generaciones y morfologías que prodigan talento, eficacia creadora, pluralidad de perspectivas y gravitación sobre el tejido social en numerosos autores contemporáneos.

Si afrontáramos la difícil tarea de reseñar algunas de las obras que han ingresado en la más consumada colección cubana, podríamos vanagloriarnos de *Monumento y Pararrayos*, dos impresionantes instalaciones de Eduardo Ponjuán, quien desde su ascetismo escultórico ha hecho representar, con monedas de un peso cubano, las estaturas de Martí y Fidel respectivamente, en una conmovedora visión que aúna nuestras grandezas e infortunios históricos.



Lázaro Saavedra: *Magritte - Kosuth*

De Lázaro Saavedra habíamos adquirido recientemente el magnífico lienzo *Magritte- Kosuth*, y se suma brillantemente este año la instalación *Karl Marx*, de la Serie *Solidificando lo que se desvanece en el aire*, exhibida en el envío cubano a la 55 edición de la Bienal de Venecia, con el derroche de humor expedito y descarnado que define a este creador.

Si de personalidades consolidadas se trata, el inventario de Maria Magdalena Campos se actualiza en nuestras arcas con *When I am here/ Estoy allá*, un tríptico fotográfico que ahonda en la investigación sobre desplazamientos identitarios que la reconocida autora ha llevado por

años con solidez. Algo similar sucede con la carismática Marta Maria Bravo, bien asentada desde décadas atrás en nuestro acervo, y reactualizada hoy con el conjunto fotográfico *Peticiones*, de su reciente exposición *Firmeza* en el Museo.

De José Toirac se ha adquirido *Apple*, perteneciente a la muestra personal *Ars Longa*, correspondiente a su Premio Nacional de Artes Plásticas, luego de haber habernos honrado hace muy poco con la obtención de la espectacular instalación *Relicarios*, en coautoría de Octavio Marín.

Tenemos nuevas obras de artistas indóciles como Wilfredo Prieto, Elio Rodríguez y Jorge Luis Marrero; de esos que ponen en jaque las capacidades logísticas, museográficas y de

conservación de la institución. Lo prueba la adquisición de *Sin título*, el curioso chícharo en que cabe todo el planeta Tierra, según Prieto.

Y por no faltar casi nada, tenemos además a acendrados virtuosos de los temas históricos como Alexis Esquivel, Douglas Pérez y José Manuel Mesías, sin desdeñar las perspectivas novedosas que dialogan con nuestras piezas clásicas en las obras



Wilfredo Prieto, Sin título



José Manuel Mesías, Rectificaciones a la obra de Armando Menocal
“La muerte de Maceo”

de Michel Pérez, las que nos acercan al inusual universo espaciotemporal de la pintura de Alejandro Campins, o a la analítica interdisciplinaria de Ruslán Torres.

La colección de nuevos medios va en aumento, cuando sumándose a la bellísima obra de Glenda León *Escuchando las estrellas*, y al experimentado video *Soy Cuba* de Felipe Dulzaides, por citar ejemplos, se incorporan las creaciones de los muy bienvenidos al Museo Nacional Antonio Margolles y Duniesky Martín.

La espectacularidad de las instalaciones de Duvier del Dago, y la entrada de fotógrafos consagrados como Raúl Cañibano, Alfredo Ramos, Alejandro González y el binomio de Liudmila Velazco y Nelson Ramírez, dan un formidable impulso tonificador a la fotografía cubana, que antaño fuera una importante colección histórica de la institución cedida para fundar la Fototeca de Cuba, y que nuestro empeño patrimonial ha venido cultivando recientemente al influjo indetenible de lo contemporáneo.

Como hace un siglo, el patrimonio vivo, ese que se gesta siempre en el presente, sigue teniendo en el Museo Nacional de Bellas Artes su infatigable servidor.

Corina Matamoros